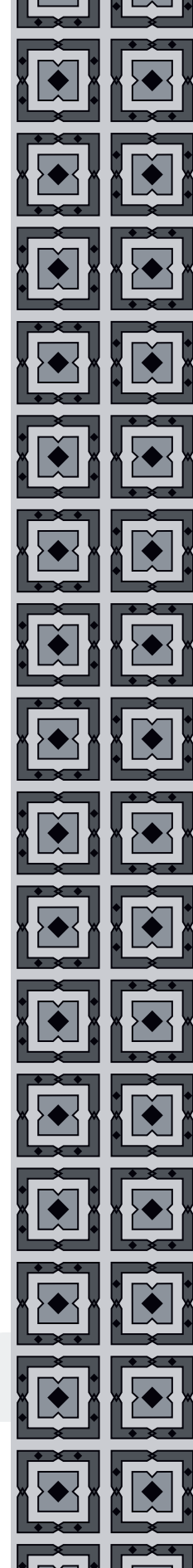






El Centro William Rappard

SENTAR LAS BASES



La política esculpida en la piedra

El Centro William Rappard tiene un rico pasado. En una manifestación del ideal wilsoniano y su voluntad de solucionar los conflictos internacionales mediante la negociación y el arbitraje, fue el primer edificio de Ginebra construido para acoger una organización internacional. El CWR fue construido en 1926 por el arquitecto suizo George Épitau, que quiso ilustrar los valores fundamentales promulgados por la Organización Internacional del Trabajo: igualdad y unidad. Este capítulo es un relato de los conflictos y las negociaciones que se produjeron durante los primeros años de construcción y las posteriores fases de ampliación, una imagen resumida de la evolución en las relaciones entre las organizaciones internacionales de Ginebra y la ciudad y el país que las acoge, que están hechas de concesiones mutuas, acuerdos e interdependencia.

El Centro William Rappard
recién terminado, en 1926. ◀◀

"Se ha creado algo enteramente nuevo", escribió Paul Budry en 1926 al inaugurar el edificio de la OIT, "un lugar en el que los pueblos pueden por fin unirse como hermanos alrededor de lo único que les hace iguales y fraternales: el trabajo". El escritor franco-suizo no fue parco en sus elogios: consideraba que la obra arquitectónica que se desvelaba al público era la representación perfecta de una misión que por ser austera no era menos importante, encomendada a las 500 personas que la utilizarían al servicio de la humanidad en el trabajo.

Es un edificio de carácter claramente administrativo, con oficinas como celdas alineadas en un diseño sencillo y accesible, que opta resueltamente por la simplicidad sobre cualquier idea de extravagancia. "Si la normalización es la solución para reformar el trabajo, ¿no es la OIT la primera que debe dar ejemplo?", se preguntaba Budry, y añadía que el arquitecto había grabado en la estructura del edificio el ideal de "igualdad política para todas las personas, condición indispensable de la unidad", que su obra de piedra expresaba ese anhelo. "Nadie podrá decir al contemplar el edificio: aquí están los poderosos y más allá los débiles. Todo se funde en la masa, todo está a un mismo nivel, sin prominencias arquitectónicas que reclamen la atención. No hay ornamentación esculpida ni elementos que sobresalgan. No hay marcas de arrogancia ni pomposidad. Los volúmenes disciplinados constituyen la mejor ilustración espacial de la idea de un frente único, de la acción unida por la actitud desinteresada de cada persona ...".¹

El edificio fue inaugurado el 6 de junio de 1926 en una Ginebra alborozada, en presencia de ministros y embajadores de todo el mundo. No habían transcurrido todavía 10 años desde la firma de la paz. Aunque la Sociedad de las Naciones no había encontrado todavía su propia sede, una de sus organizaciones, la Organización Internacional del Trabajo, se iba a establecer gracias a los esfuerzos de su Director, el francés Albert Thomas. Algunos Estados miembros dudaban sobre la elección de la sede, seducidos por la oferta de Bruselas, pero Thomas ya había convencido a varios de los miembros del Consejo de Administración de la OIT y decidido en favor de Ginebra. Le gustaba la ciudad porque estaba al margen de las grandes potencias sin estar demasiado alejada y Woodrow Wilson compartía sus preferencias. La Confederación Helvética había donado el terreno, una espléndida propiedad a orillas del Lago de Ginebra y vistas al Mont Blanc. Aquí se levantaría un edificio alargado y uniforme, de estilo protestante, sobriamente decorado con una cornisa y coronado por una torrecilla a modo de torre vigía.

La severidad del estilo dio mucho que hablar. Ginebra puede ser calvinista, pero también demuestra en ocasiones un gusto por la elegancia. En el folleto de presentación del edificio, Budry rechazaba las críticas: "El lugar, el parque con sus árboles, el césped que desciende hacia el lago, abriéndose hacia una armoniosa lejanía, ese noble entorno en el



Ceremonia de colocación de
las primeras piedras del edificio,
21 de octubre de 1923.

que se suceden grupos de árboles y espacios abiertos, grandes zonas de luz y de sombra, podían seducir al arquitecto-poeta y animar sentimientos de fiesta y fastuosidad. Podría haber resultado agradable contemplar un palacio de tres cuerpos, con frontones, balcones y estatuas, un despliegue de magnificencia y ritmo junto al lago. Sé que algunos piensan que se ha perdido una oportunidad ... Pero no estamos aquí para el deleite”, añade el escritor adustamente. El noble ideal de asegurar la paz mediante el respeto y la dignidad del trabajo merece más que la “nostalgia ensoñadora” de los parques que pintó Watteau. Lo importante era el rigor, la moderación y la economía de las formas. Los ginebrinos tenían que ser conscientes de que las naciones arruinadas que sufragaban la construcción de la casa del trabajo no buscaban esplendor, sino sobriedad y eficiencia. Era la primera experiencia de Ginebra en la arquitectura para la administración internacional, en el lugar de una encantadora casa solariega que había pertenecido a la familia La Rochefoucauld, una construcción que daría tema de reflexión a sus habitantes.

Paul Budry expresó la posición oficial en su admiración por la obra terminada. Como haría un amante del ballet que sabe del dolor repetido de los artistas antes de la representación, el escritor exaltó la obra del arquitecto que había superado todos los obstáculos. Las dificultades de la creación se olvidan cuando se termina la obra, pero son un capítulo interesante para todo aquel que quiera comprender la complicada red de relaciones entre Ginebra, Suiza y todos los países que han sido acogidos en ese pequeño territorio.

Los comienzos

Todo comenzó en 1922 con la elección de un sitio en una ciudad en la que no se levantaban grandes edificios. La Confederación tuvo la generosidad de facilitar el terreno, gratuitamente, aunque se reservó el derecho de recuperarlo en caso de que la Sociedad de las Naciones ■■■





Altos funcionarios de la OIT y de la Administración suiza visitan las obras, hacia 1925.

■■■ no permaneciera en Ginebra. Inmediatamente se organizó un concurso de arquitectos, reservado a ciudadanos suizos o residentes en Suiza porque el tiempo apremiaba, si bien el jurado era internacional. Los criterios eran estrictos: el edificio debe tener cabida para 500 empleados, no debe costar más de los 2,5 millones de francos, y debe garantizar “la dignidad que corresponde a una institución internacional”.

El proyecto de George Épitaux fue elegido de entre los 69 proyectos presentados. El arquitecto del cantón de Vaud ya había construido el pasaje Galeries Saint-François en Lausana y varios edificios de estilo Art Deco. Era una persona bien conocida y respetada. Una vez aceptado su proyecto, la única dificultad del Consejo de Administración de la OIT era mantenerse dentro de los límites de un presupuesto de 3 millones de francos fijado en octubre de 1923. Durante tres años, esa

El Director de la OIT Albert Thomas ▲ toma la palabra durante la ceremonia de colocación de la primera piedra del edificio, 21 de octubre de 1923.

cifra sería una obsesión para todos los que participaron en el proyecto, excepto tal vez para el Estado de Ginebra, que en el verano de 1925 resolvió exigir que la OIT construyera conductos de aguas residuales hasta el colector del Quai Wilson. La obra costaría 80.000 francos, que no estaban previstos en el presupuesto. Fue un golpe duro para el Consejo de Administración. Las autoridades ginebrinas habían aceptado que las aguas sucias se vertieran en el lago tras su esterilización en una fosa séptica conforme a la reglamentación de salud pública. Sin embargo, el Comité de Higiene del cantón consideraba ahora que las instalaciones previstas no bastaban para proteger las aguas del lago.

Era un asunto delicado. Artículos publicados en la prensa local daban a entender que la OIT podría contaminar el suministro de agua potable de Ginebra. La OIT protestó, pero el Consejo de Estado aceptó la opinión del Comité de Higiene y no autorizó a la OIT a verter las aguas en el lago. Seguirían unas negociaciones épicas en las que los internacionales y los locales se enfrentaron con sus talonarios de cheques, su vanidad y su determinación de decir la última palabra. El gobierno podía elegir entre dos proyectos de saneamiento: una infraestructura estimada en 80.000 francos, destinada únicamente a recoger las aguas de la OIT, y un sistema de mayor envergadura estimado en 136.000 francos, con capacidad para todo el barrio. Como el gobierno prefería el segundo proyecto, se ofreció a aportar 56.000 francos; los 80.000 francos restantes correrían por cuenta de la OIT. George Épitaux se enfureció, pues era la primera vez que la administración pública hacía pagar a una organización internacional proyectos de su propia iniciativa y destinados también a otros usuarios. Cuestionó el método y se opuso a los cálculos, aunque sin resultado. En última instancia, como parecía imposible evitar la construcción del sistema de saneamiento y dado que el segundo proyecto era el más apropiado, la OIT discutió su aportación: pagaría 50.000 francos ■■■





■■■ y el Estado 80.000. El Estado hizo una contraoferta de 60.000/76.000 francos que la OIT rechazó, afirmando que no pondría ni un céntimo más de 50.000 francos, y se mantuvo en esa cifra hasta diciembre. Inmediatamente antes de Navidad se llegó a un acuerdo: la OIT aportaría 55.000 francos.

Mientras tanto, el arquitecto tenía otras preocupaciones: existía el peligro de que se desprendiera una de las cornisas porque los constructores no habían hecho correctamente su trabajo. Había que hacerla de nuevo, pero la empresa se negó. El asunto se llevó ante los tribunales, que dieron largas a la cuestión. Épitaux insistió; no estaba dispuesto a correr el riesgo de un accidente. La cornisa se rehizo y durante años se discutió de la factura entre abogados y jueces. Además, la ampliación de la Rue de Lausanne obligaba a construir un nuevo muro y una nueva puerta de entrada. ¿Quién se haría cargo de los gastos? Hubo conversaciones, se negoció y se alcanzó un acuerdo.

La construcción y los árboles

Esos episodios eran el pan de cada día en la construcción, pero esta vez era algo totalmente nuevo en Ginebra; la convivencia de dos organismos públicos diferentes, cada uno de ellos responsable ante una asamblea celosa de sus derechos: el Parlamento de Ginebra y la Asamblea de la Sociedad de las Naciones. Era importante que se comprendieran y se mostraran razonables. En esos tiempos de escasez general, la cuestión del dinero sería un ejercicio de acercamiento entre dos partes interesadas en establecer unas bases sólidas para una relación inevitablemente incómoda. George Épitaux allanó el camino para muchos que tendrían que conciliar la lógica de las necesidades locales con las exigencias internacionales y construir en un escenario familiar y querido la población local, edificios que respondieran a las necesidades de otro grupo de población, internacional pero extremadamente difícil de definir.

La preservación de los árboles fue una condición esencial desde el principio. En las bases del concurso se establecía que en la construcción del edificio “se debía respetar, en la medida de lo posible, los grandes árboles de la parcela, en particular en las orillas del lago”. Aunque no era una obligación, se afirmaba una preocupación acorde



◀ El despacho del Director de la OIT en 1926.

◀ Vista aérea de dos alas del edificio terminadas, al norte y al sudoeste, 1937.

con la escritura de transferencia de la Confederación, que quería mantener el acceso público al parque. Épitaux decidió acatar la recomendación al pie de la letra “y eso”, como escribió Budry, “le obligaba a prescindir de efectos de fachada, de juegos de perspectiva y de la presentación teatral tan esperada de cara al lago. Se conservarían los árboles que existían a orillas del lago y, por así decirlo, la escena se representaría entre bambalinas”. ¿Vegetación natural o decorado adornado? En esta ciudad botánica, la ciudad de Rousseau y de Calvino, la elección parecía evidente. Ochenta y tres años después, un nuevo proyecto de ampliación y renovación que requeriría el sacrificio de algunos árboles suscitó oposición y un referéndum municipal. En otras páginas volveremos sobre este asunto.

Las dos ampliaciones del edificio central, en 1937 y 1938, no provocaron objeciones importantes de las autoridades de Ginebra; el inmenso Palacio de las Naciones acababa de ser inaugurado y no estaban los tiempos para plantearse tales trivialidades. La ampliación de 1951 fue apoyada generosamente por el Parlamento del cantón, que votó un préstamo de 2,25 millones de francos a un plazo de 20 años y un interés del 3 por ciento, así como una donación de 500.000 francos. El siguiente proyecto de ampliación habría horrorizado a la población de Ginebra si en el último momento las autoridades no hubieran decidido, prudentemente, darle carpetazo. Con la creación del Instituto

Internacional de Estudios Laborales en 1960, la OIT no cabía ya entre esas paredes. Hacían falta 200 oficinas más, salas de reunión más espaciosas y otras instalaciones. Un arquitecto presentó un proyecto de ampliación que consistía en anexas tres nuevos edificios a la parte noble del edificio existente; uno de ellos tendría 13 pisos, y se podrían añadir cuatro más en caso necesario. El conjunto se prolongaba hacia el lago y sobre un amplio puerto de recreo se levantaban las salas de reunión del Comité Directivo y del Consejo de Administración. Las autoridades cantonales y municipales no rechazaron la propuesta ■■■

“Se conservarían los árboles que existían a orillas del lago y, por así decirlo, la escena se representaría entre bambalinas.”

Paul Budry

▼ Albert Thomas (en el centro, en la primera fila) junto a las autoridades de la OIT, la Sociedad de las Naciones y la Confederación Suiza, durante una visita del edificio.





La "Sala del Consejo", ▶
actualmente Sala Wyndham
White (o Sala W), 1926.

Visita del alcalde de Ginebra ▼
Frédéric Rochat durante la
inauguración del paseo del lago,
1º de noviembre de 1966.



■■■ de forma inmediata, pero la parcela en la que se debía levantar la ampliación pertenecía a la ciudad de Ginebra. En este parque adornado por un pequeño museo botánico no sería fácil conseguir la aprobación de un propietario tan exigente. Se intentó, pero fue en vano. El 12 de octubre de 1964 se informó al Director General de la OIT que no había ninguna posibilidad de que el proyecto fuera aceptado. Era poco probable que las autoridades municipales lo aprobaran y, aun cuando lo hicieran, después habría sin duda un referéndum.

El proyecto fue archivado y se ofreció a la OIT la posibilidad de trasladarse con armas y bagajes a un solar mucho más amplio, donde se podía empezar a construir rápidamente. ¿Sin que se convocara un referéndum? Eso no era tan seguro.

La entrega del testigo

Eran tiempos difíciles para las relaciones entre las organizaciones internacionales, cada vez más importantes y numerosas, para Ginebra, que no tenía espacio suficiente, y para la Confederación, enfrentada a las demandas crecientes de una economía acelerada. En la OIT despertó un cierto interés la oferta de Turín de acoger no sólo el Instituto Internacional de Estudios Laborales, sino toda la organización, y todo de forma gratuita. El Consejo de Administración anunció abiertamente que "aunque por el momento la Organización no piensa abandonar la ciudad de Ginebra, a la que está profundamente vinculada ... confiamos en que las autoridades locales tomen pronto las decisiones necesarias".

Así las cosas, el gobierno federal de Berna hizo un examen de los retos de una ciudad que era el eje central de su política exterior y en 1964 decidió asociarse a la creación de la Fondation des Immeubles pour les Organisations Internationales (FIPOI), una fundación de derecho privado que debía servir de punto de encuentro de todas las autoridades implicadas en el desarrollo de Ginebra como centro internacional. Los partidarios de una Ginebra modesta organizaron un referéndum, pero finalmente la FIPOI fue aceptada y empezó a facilitar las tensas relaciones entre las partes. En 1965 el Consejo Federal creó una "misión suiza" ante las organizaciones internacionales que evidenciaba una nueva actitud, pero había que actuar pronto porque otras ciudades aspiraban a ocupar el lugar de Ginebra. ■■■









◀ La Sala de Prensa, ubicada anteriormente en el bar de la Sala de los Pasos Perdidos.

■ ■ ■ Se construyó un edificio más amplio y la OIT se instaló en su nueva sede en 1975. Tres nuevos inquilinos se apresuraron a ocupar el edificio original de Épitau y los locales que se habían añadido: el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) ocupó la parte principal del recinto; la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) ocupó las oficinas, y la biblioteca del Instituto Universitario de Estudios Internacionales se estableció en el sótano. El GATT rebautizó el inmueble con el nombre de “Centro William Rappard”² y decidió retirar todas las evocaciones del trabajo, que el Director General consideraba inadecuadas para sus nuevos ocupantes. Sin embargo, la FIPOI se negó a retirar el mural de Maurice Denis donado en 1931 por los sindicatos cristianos: “La Dignidad del Trabajo” compartiría la escalinata principal con los representantes del comercio. Todos aceptaron esta cohabitación forzosa a la espera de tiempos mejores.

La creación de la Organización Mundial del Comercio en 1995 y la aceptación de la propuesta de Ginebra para acogerla abren un capítulo importante en las relaciones entre Berna, Ginebra y las organizaciones internacionales. La lucha sin cuartel que libró Suiza contra las otras ciudades candidatas demuestra que ya para ese entonces se competía arduamente para acoger las organizaciones. Bonn era la clara favorita. La antigua capital de Alemania Occidental en las orillas del Rin había quedado sin función desde la reunificación alemana y la elección de Berlín como sede de las instituciones de la República Federal. Podía ofrecer edificios, viviendas, buenas condiciones de trabajo y un sistema fiscal difíciles de superar, pero Ginebra tenía algo de lo que carecía Bonn: el entorno profesional, los conocimientos especializados acumulados y una densa red de actividades de cooperación internacional que aseguraba los apoyos necesarios. Suiza era consciente de ello y aceptó las condiciones para mantener y aumentar esa ventaja.



El Acuerdo relativo a la Sede de la OMC revela el alcance de las obligaciones que asumía Suiza, obligaciones que no tardarían en reclamar también otras organizaciones. El Acuerdo incluye un Contrato de Infraestructura que confiere a la OMC un derecho de superficie de 99 años sobre el Centro William Rappard, y asigna la responsabilidad de su renovación a la Confederación. El Estado de Ginebra se comprometió a construir por su cuenta un aparcamiento con 400 plazas para 1998 y la FIPOI se comprometió a construir una sala de conferencias de gran capacidad antes de 1997. Fue elegido el proyecto del arquitecto Ugo Brunoni, que evoca los anfiteatros de la antigüedad griega, y la sala se inauguró en 1998. El artículo G del Contrato de Infraestructura se refiere a las futuras ampliaciones ■ ■ ■

▲ Local de archivos de la OIT donde se recibía, clasificaba y registraba la correspondencia, 1938.



El Centro William Rappard Sentar las bases

El 27 de septiembre de 2009, al cabo de animados debates, la población de Ginebra aprobó la construcción de un nuevo anexo del Centro William Rappard. "La aceptación del proyecto demuestra el compromiso de la población con la Ginebra internacional y el pluralismo cultural", afirmó entonces la representante socialista Sandrine Salerno.³

■ ■ ■ en una enigmática redacción jurídica: la OMC "espera" que la Confederación encuentre soluciones y el Consejo Federal "toma nota de esta expectativa" y se declara dispuesto a ofrecer instalaciones "que correspondan a la política de Suiza como país receptor".

La OMC ocupó las oficinas que había dejado vacantes el ACNUR y más tarde, cuando empezó a faltar espacio, la Confederación se dispuso a actuar: la FIPOI construiría un anexo a una distancia de 800 metros, una "OMC II" donde se instalarían varios servicios. Esa dispersión, que los responsables de la OIT habían temido y a la que se habían opuesto con todas sus fuerzas desde el decenio de 1930, parecía ahora inevitable. La animosidad de la izquierda de Ginebra hacia la OMC también restaba fuerzas al Director General para hacer valer sus preferencias: en 1999 el parlamento cantonal expresó su desconfianza hacia la OMC en varios anuncios publicados en la prensa internacional y ese mismo año tuvo lugar una manifestación antiglobalización en la que un grupo de alborotadores protagonizó disturbios.

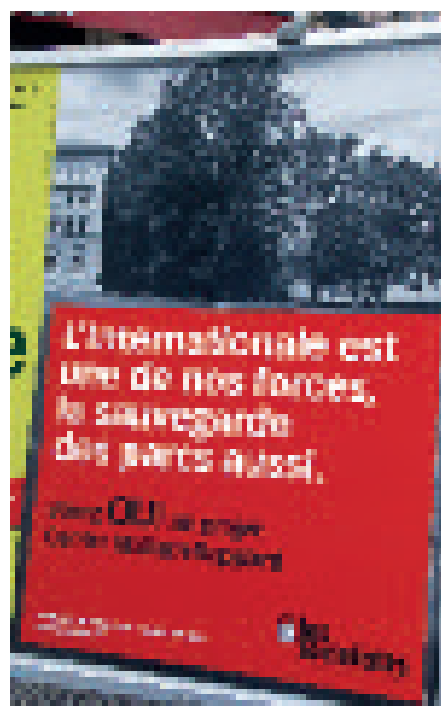
Proyección del arquitecto de la nueva ampliación que se construye hacia el sur del edificio principal.

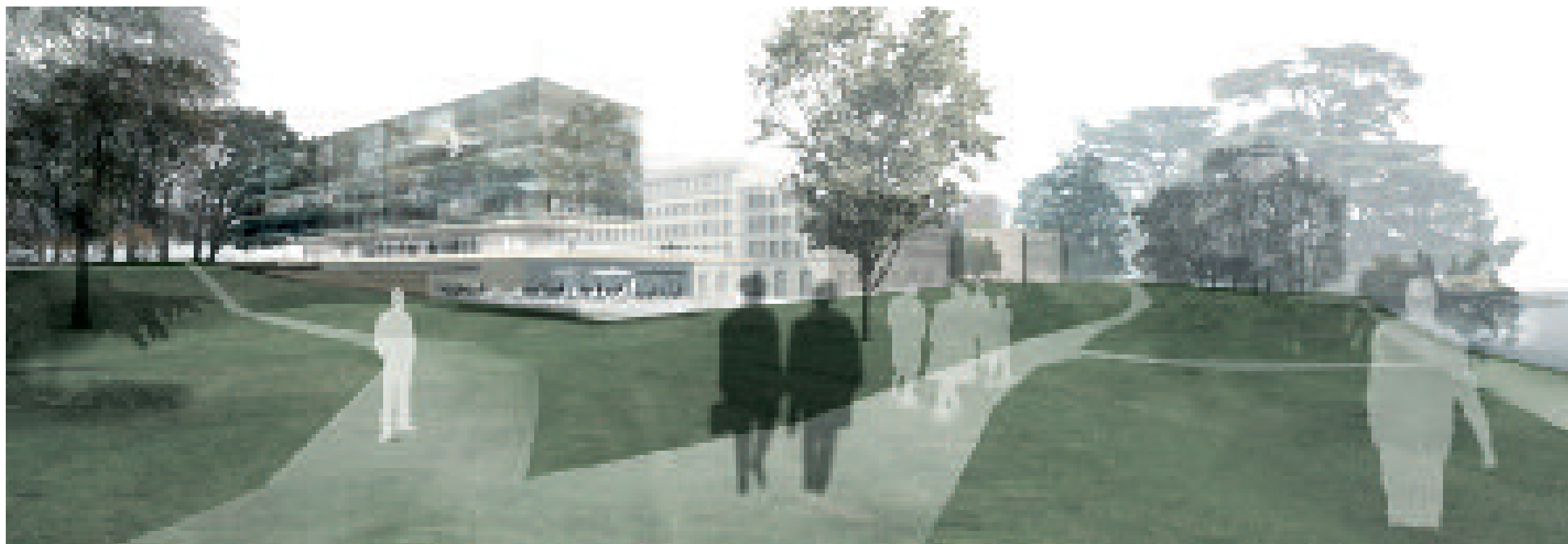
Una nueva perspectiva

En 2005, cuando los planes para el anexo estaban prácticamente terminados y la construcción iba a comenzar, asumió el cargo de Director General Pascal Lamy. El proyecto de una OMC II no era de su agrado. El nuevo Director General quería un solo edificio y puso de manifiesto que la separación haría perder mucho tiempo a la Organización. Aunque no llegó a decir que la OMC podría ir a otra parte, todos entendieron que ese era su mensaje.

La Confederación, Ginebra y la FIPOI pasaron a la acción. La presencia de un ginebrino al frente del Departamento de Asuntos Exteriores en Berna facilitaba la comunicación, como en 1920, cuando otro ginebrino, Gustave Ador, consiguió explicar satisfactoriamente a sus homólogos del Consejo Federal que sería positivo para Suiza acoger la Sociedad de las Naciones en Ginebra e incluso adherirse a ella. Las relaciones personales tuvieron su importancia: sin la afinidad que existía entre William Rappard y Woodrow Wilson, quizás Ginebra habría seguido siendo simplemente la capital de un cantón.

La facilidad de comunicación entre Ginebra, Berna y la organización de la Rue de Lausanne hizo posible en 2006 que se adoptara la decisión de ampliar el Centro William Rappard. Se puso buen cuidado en no repetir los errores del proyecto de 1964: no se tocarían ni el lago ni los árboles. En esta ocasión se organizó un concurso internacional que ganó un arquitecto dotado de mayor sutileza que los de los años sesenta, el alemán Jens Wittfoht, con un proyecto que respira aprecio por este lugar. La construcción fue aprobada, o casi. Un partido de extrema izquierda del Consejo Municipal afirmó que el proyecto obstaculizaba el acceso público al parque por la orilla del lago y consiguió que se organizara un referéndum, añadiendo a sus recriminaciones la pérdida de media docena de árboles comunes, que presentó como muy valiosos. En última instancia, lo que estaba en juego





era la legitimidad de la OMC, su derecho a ocupar el territorio sagrado de los domingos ginebrinos. La votación se llevó a cabo en septiembre de 2009 y la ampliación fue aprobada.

Cuando se le ha pedido su opinión, como en 1953 en relación con el CERN y en 1965 sobre la financiación de la FIPOI, la población de Ginebra ha dicho siempre sí a las organizaciones internacionales y a la actividad intelectual de cooperación que se ha desarrollado en su ciudad durante el último siglo y a la que debe su prestigio y su buena salud económica.

Toda Suiza ha respondido del mismo modo. Los hechos del último decenio habrían sido suficientes para convencer a quienes aún dudaran de la importancia creciente de las normas en la gobernanza del mundo posterior a la Guerra Fría. Ginebra se ha afirmado como plataforma principal de elaboración y negociación de estas normas, y Suiza, que objeta el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por considerar que es poco igualitario, acoge en cambio de buen talante la Organización de las Naciones Unidas, que ha integrado la cooperación en todas sus formas y en todas las esferas de la actividad humana. Una Confederación que se ha construido a través de la negociación y que ostenta como valores políticos fundamentales la capacidad de hacer

concesiones mutuas y elaborar acuerdos, no puede sino identificarse con la ciudad de Ginebra, que día tras día negocia las condiciones de la coexistencia mundial. En cuanto a los actuales dirigentes de la OMC, no sólo consideran que el comercio encaja perfectamente en este espacio que antes estaba dedicado al trabajo, sino que se sienten orgullosos de exhibir la historia del trabajo. Fue así que se desmontaron finalmente los falsos muros que ocultaban muchas de las obras de arte del edificio y salieron a la luz el panel de cerámica de Albert Hahn hijo (el texto del preámbulo de la Constitución de la OIT en cuatro idiomas); las pinturas murales de Gustave-Louis Jaulmes – “Dans la joie universelle” (La alegría universal), “Le travail dans l’abondance” (El trabajo en la abundancia) y “Le bienfait des loisirs” (Los beneficios del ocio); los murales de Dean Cornwell, donación de la Federación Estadounidense del Trabajo, que ofrecen una representación optimista y digna de distintas profesiones; y el “Pígmalión” del artista español Eduardo Chicharro y Agüera.

Tal vez no sean obras maestras, pero todas responden a un determinado programa y son testimonios de aspiraciones compartidas en formas propias de su época, y también parece apropiado que el primer edificio de Ginebra dedicado a realizar la utopía wilsoniana tenga su Pígmalión para hacerla realidad. ■